

Un cuento... por *Navidad*

MIGUEL GONZÁLEZ MOLINA
Capitán del Ejército del Aire

Huellas

(1ª PARTE. EJÉRCITO DE TIERRA)

Huella: Señal o rastro que queda de una cosa o de un suceso.

Este año va a ser distinto, la llegada de los Reyes Magos tiene que ser muy especial y necesita mandarles una pregunta, un mensaje. El suyo va dirigido a Melchor, siempre le manda su carta de Reyes a él, y siempre se ha portado muy bien. Su padre, que es militar, al igual que su abuelo y su tío, siempre le dice: *hay tres Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, uno para cada Ejército*. Y, si su padre es de Tierra, su tío es del Aire y su abuelo era de la Armada, la cosa en cuanto a “cartas” está muy clara: a él, por parte paterna, ya sabe lo que le toca.

Yago, el pequeño de 8 años, ha preparado muy bien su carta y quiere mandarla cuanto antes. *La lluvia no va a ser un impedimento* –piensa– mientras sus huellas dibujaban sobre la arena de la playa el camino recorrido en mitad de la noche. Es una fría noche de diciembre y quizás no es el mejor momento, pero no va a tener muchas más oportunidades para acercarse hasta la playa sin que sus padres se den cuenta. Es hoy o nunca, y aunque le asusta la noche, la causa bien vale la pena y *cuando algo vale la pena, hay que dejarse el alma en ello* –le suele decir su padre–.

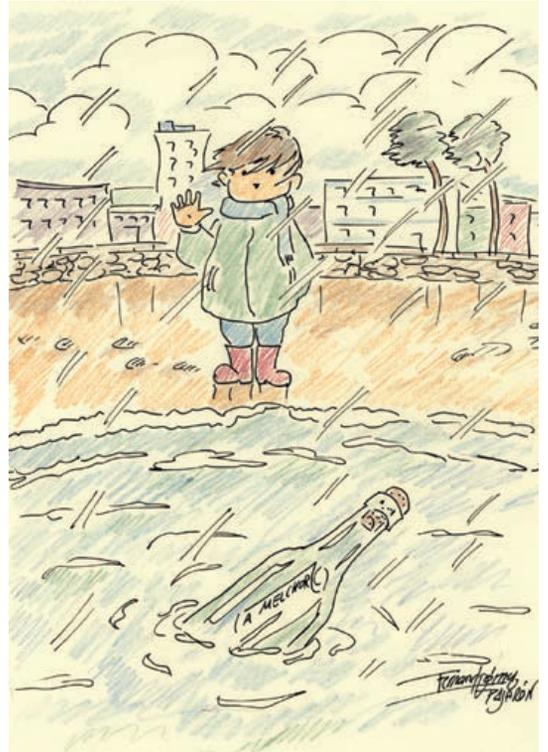
Ha salido bien abrigado, pero a pesar de ello, los 20 minutos que necesita para ir desde su casa hasta la playa, bajo esa intensa lluvia, le están haciendo pasar un mal rato. Afortunadamente, la punta del espigón de la playa ya está a tiro y eso le hace llevar mejor el frío. Ese es el lugar desde donde debe lanzar su botella. Su padre y él cada año lanzan desde aquí su carta a los Reyes Magos metida dentro de una botella. Es un pequeño gesto en memoria de su abuelo que descansa en el fondo del

mar. *A fin de cuentas, los Reyes Magos son mágicos y cualquier sitio se puede convertir en un Buzón Real* –le responde Yago a sus amigos siempre que se burlan de su costumbre–.

Este año quiere enviar una carta muy importante y “secreta” sin que su padre lo sepa. De hecho, desde aquella vez en que le pidió a Melchor un traje invisible para proteger a su padre cuando fue a Afganistán como miembro del Regimiento de Inteligencia Nº 1, deseo que además le había concedido, esta es la carta más importante que jamás ha escrito. Nadie la ha leído, ni la conocen ni se la han corregido. Es una carta cuyo texto encierra una pregunta trascendental para Yago, y quizás para todos los niños del mundo:

Querido Melchor, este año creo que me he portado bastante bien y mis padres están contentos conmigo. Ya sabes que todos los años te pido muchas cosas y tú me traes lo que puedes. Pero ahora solo te pido que me digas una cosa, ¿es verdad que vosotros no existís?, ¿es verdad que los Reyes Magos son los padres?, ¿he estado haciendo el tonto todos los años cuando te he mandado mi carta?

Si nadie me responde sabré que no hay Reyes Magos –piensa mientras lanza la botella con todas sus fuerzas– y, acto seguido, como si el cielo hubiera estado esperando su lanzamiento, deja de llover. De esta forma, su camino de regreso a casa resulta mucho más cómodo. Tras sus pasos, sus huellas sobre la arena mojada son lo único que delata que ha estado en aquella playa.



Sin embargo, sus huellas no están solas, la arena también delata la presencia de otra persona más, un adulto a juzgar por el tamaño de éstas. Un adulto que le ha estado espiando durante todo el rato: su padre.

En la cama Yago no se puede dormir, no puede dejar de pensar en lo tonto que ha sido los otros años por creer en los Reyes Magos, por mandar cada año una carta llena de ilusión “a nadie”, y piensa contárselo a todos los niños, especialmente a los más pequeños y a su hermano menor. *No quiero que sea tan tonto como yo he sido* –se dice a sí mismo–.

Al amanecer, y con la subida de la marea, las olas del mar borran las huellas de la arena, dejando la playa como si nadie hubiera pasado por aquel lugar. Aquella botella desaparece en el horizonte y con ella la pregunta de Yago.

Ondas

(2ª PARTE. ARMADA)

Onda: Elevación, curva o círculo concéntrico que se forma en la superficie de una masa líquida a causa de una agitación o de un movimiento.

En aquella patera moverse es muy difícil, está cargadísima de todo tipo de personas desesperadas en busca de un mundo mejor, que anhelan alejarse de la pobreza y el miedo. Navegan niños, adultos, ancianos, embarazadas; todos ellos sin un rumbo claro y en una embarcación que no parece que vaya a aguantar demasiado tiempo. Abdur está situado en un extremo y va solo, a pesar de que únicamente cuenta con 8 años de edad. Pero él ya se ha acostumbrado a valerse por sí mismo desde hace ya más de un año, cuando sus padres fallecieron.

En medio de aquel duro ambiente, la relativamente calmada mar le permite ver una botella que va a chocarse contra la patera, justo donde está él. En el preciso instante en que Abdur se dispone a cogerla, la mano de un adulto sentado a su lado se la quita bruscamente. Y, tras agitarla para ver qué contiene, la tira con desprecio al agua. A pesar de ello, el pequeño todavía tiene tiempo de estirar el brazo para cogerla, pues algo le dice que tiene que recuperarla.

Dentro de la botella, un sobre escrito con un remitente y un destinatario, que guarda una carta escrita en un idioma que desconoce... *¿Qué pedirá?, ¿quién será ese tal Yago?*—se pregunta Abdur, mientras todos a su alrededor parecen haber caído presa de la humedad y el frío. Él tampoco podrá aguantar mucho más y la llegada de la noche no presagia nada bueno.

Una luz en la oscuridad le hace abrir los ojos, hace abrir los ojos de todos. Pasan de la desesperación a la esperanza, del frío al calor, del miedo a la seguridad.

Es la fragata Reina Sofía en cumplimiento de su misión de vigilancia en el Mediterráneo, les han salvado la vida. No solo les han ayudado prestándoles toda la ayuda material de la que disponen, sino que también les ofrecen algo muy valioso. Al menos Abdur lo necesita tanto como el comer: afecto.

Aquel marinero, Matías, habla un francés muy fluido y enseguida se interesa por Abdur, por su historia y por su botella. La traducción de la carta que se encuentra en el interior de ésta abre al niño un mundo inimaginable y totalmente desconocido. Lo que está oyendo le parece increíble: *o sea, ¿que existen unos Reyes Magos que traen regalos a los niños y los niños les escriben cartas pidiéndoles sus regalos!* Abdur nunca ha oído hablar de ellos. Sin duda, aquellos reyes se han olvidado de él y de todos los niños que conoce —piensa Abdur— mientras aquel marinero le explica quiénes son los Reyes Magos.

La pregunta del pequeño Yago para él es algo insignificante. *¿Qué más da quién te da los regalos! Lo único que importa son los regalos y el motivo por el que te los dan* —se dice para sí el pequeño—.

Matías le explica que dentro de poco vendrán los Reyes Magos y que ellos se acuerdan de todos los niños. *¿Por*

qué no pruebas a escribirles? —le propone—. A Abdur esto le parece una idea muy buena y decide, para ganar tiempo antes de llegar a tierra, escribir su carta y meterla dentro de la botella, junto a la carta de Yago, con la diferencia de que la suya va dirigida al Rey Gaspar.

Él tiene muy claro lo que va a pedir en su carta, lo que no sabe es qué dirección poner. Matías le resuelve su duda, él se encargará de recibir los regalos y de dárselos. Ya no hay excusas, es el momento de escribir la carta y, aunque apenas sabe leer y escribir, su nuevo amigo le va a ayudar:

Querido Gaspar, este año es el primero que te escribo porque no sabía de vuestra existencia. La verdad es que no tengo nada de nada, con lo que la lista de cosas que te podría pedir sería larguísima. Sin embargo, mi lista va a ser muy pequeña, solo te pido una cosa, la más importante: unos padres. Aunque ya sé que los míos han muerto, si eres mágico, algo podrás hacer.

Bajo la atenta mirada de Matías, Abdur lanza con fuerza la botella desde la proa de la fragata, una botella en cuyo interior hay dos cartas muy distintas, pero muy llenas de ilusión ambas. Las ondas que la botella produce al impactar con el agua van desapareciendo a la par que ésta se pierde en el horizonte, en dirección opuesta al barco.



Estelas

(3ª PARTE. EJÉRCITO DEL AIRE)

Estela: Rastro que deja tras de sí en el agua o en el aire un cuerpo en movimiento.

Aquella mañana Susana, de 8 años, ha salido a pasear en bicicleta con su padre por el paseo marítimo. El dibujo de la estela de un avión sobre el cielo llama la atención de su padre. *Mira hija: qué estela más bonita, ¡cierra los ojos y pide un deseo!* –le dice su padre–. Al abrirlos, mientras otro avión le sobrevuela, a escasos metros de ellos aparece una botella en el suelo. Momentos después, el aparato realiza una descarga de agua sobre el mar. Es un avión apagafuegos del Ejército del Aire realizando un vuelo de instrucción.

–¡Papá!, ¡papá!, ¿has visto lo que ha caído?– dice la niña.

–¿El qué?, ¡qué raro!– responde el padre.

–Raro no papá, seguro que tiene que ver con mi deseo.

–¡No hija, no! en un avión no se puede colar una botella... estaría ahí ya antes.

–¡No papá, no! Y ¡mira!, tiene un mensaje dentro– contesta Susana, mientras abre la botella.

Con gran curiosidad, padre e hija dejan las bicicletas aparcadas y se disponen a leer los mensajes que hay dentro de la botella. Son dos cartas para los Reyes Magos: una a Melchor y otra a Gaspar. ¡Dos cartas! –piensa la niña– Está claro que falta la tercera. Pero todo es muy extraño; ¿qué hacen dos cartas tan diferentes y desde dos puntos tan distantes juntas? Padre e hija no salen de su asombro.

Susana lleva todo el día tan obsesionada con las cartas y con esa botella procedente del cielo que su padre decide llamar a su buen amigo, el capitán Juan Medina, que este año va a pasar a la reserva, y para el que prepara una bonita despedida. Él es un experto en este tipo de “situaciones”. Tiene que hacerla olvidar esas cartas y convencerla de que ningún avión se las ha llevado. No existe ningún motivo alguno para que se las lleven.

A primera hora del día siguiente se presentan Susana y su padre en el Ae-

ródromo Militar de Pollensa dispuestos a que el capitán les aclare la duda de si en los depósitos del avión se podía haber colado la botella y de dónde podía proceder ésta. Juan, al ver a Susana, al sentir su mirada llena de incertidumbre, decide dar un giro a las respuestas que tiene preparadas y pactadas:

–¡Juan! ¿has visto lo que me ha mandado el cielo?– dice la niña

–Sí, claro que lo he visto. Es seguro que la botella cayó del avión– responde Juan con firmeza ante la gran sorpresa de su padre.

–¡Sí! ¿tú crees? ... ¿Has visto papá? Yo tenía razón.

–Créeme, son dos cartas muy importantes para dos Reyes Magos y para tí.

–¡En serio!– responde la niña.

–Yo creo que si esa botella ha caído junto a tí es para darte un mensaje, un mensaje del Rey Baltasar.

–¿Del Rey Baltasar?– contesta ella con incredulidad.

–Escúchame, en las cartas un niño duda de la existencia de los Reyes y a otro le da igual; únicamente quiere tener unos papás. Tú, sin embargo, eres muy afortunada: tienes unos papás que te adoran y sabes que los Reyes Magos existen, aunque no son esos señores que vemos en la tele o en la calle, están en tu corazón, ¿verdad? Baltasar ha pensado que necesita recordarte lo afortunada que eres tú y tantos niños como tú a los que no les falta de nada.

–¡Claro, claro! Pero no te entiendo – replica Susana.

–¡No me entiendes!– responde Juan un tanto contrariado.

En ese momento, el capitán le enseña a Susana con su móvil imágenes de niños en condiciones lamentables y estas fotos impresionan a la pequeña. Susana se mira a sí misma de arriba abajo y se va corriendo a dar un abrazo a su padre. Ahora le ha comprendido:

–Escribe tu carta y métele en la botella con las otras. Yo las lanzaré desde el avión al mar– dice Juan.

–¿Mi carta?– responde la niña.

–¡Claro! Una carta llena de ilusión, para que el Rey Baltasar vea que sabes la suerte que tienes y que tú no has perdido ni una chispa de ilusión, esa ilusión que debes conservar toda tu vida. Sin ella estarás perdida.

–¡Sí, sí, es verdad! Papá, me tienes que ayudar a escribirla.

–Melchor y Gaspar se encargarán de que Yago y Abdur recuperen también la ilusión y de que sean felices– afirma Juan mientras guiña un ojo al padre de la niña.

Horas después, despega un avión apagafuegos de Pollensa con una misión “extra”. Las cartas de los tres niños vuelan juntas. Las huellas, ondas y estelas procedentes de tierra, mar y aire que les han unido en este viaje quizás, algún día, más adelante, también les podrían volver a unir. Pero eso, ellos y nosotros lo ignoramos. •

